

La Cruz Parlante en Quintana Roo. Simbología religiosa en la Guerra de Castas

María Josefina Palacios Guerrero

ANTROPOLOGÍA SOCIAL / ENAH

mariajosepag@yahoo.com.mx

A Abraham y Ulises

“El hombre ha hecho a los dioses no a su imagen y semejanza, sino según sus necesidades. Y cuando sus necesidades no se satisfacen, tienen que cambiar los dioses también.” (Reed, 1971, p. 136).



Vallejo. *Atardecer*, Taxco de Alarcón, ca. 1940. Colección Blanca Jiménez-Samuel Villela.

La cruz es un símbolo del que se tiene conocimiento siglos antes de nuestra era en distintas partes del mundo. En Mesoamérica existen registros obtenidos de los rescates arqueológicos, principalmente en Palenque, en los que se encontraron figurillas y máscaras con ornamentos que utilizan el símbolo de la cruz; también, se cuenta con la lápida del sarcófago de Pacal y dos tableros en bajorrelieve —uno del Templo de la Cruz y otro del Templo de la Cruz Foliada— que también la muestran, estos restos están fechados entre el 200 y el 900 de nuestra era. Con lo anterior se demuestra que la cruz ya tenía un significado religioso entre los mayas prehispánicos.

El “Árbol de la Cruz” o “Cruz Foliada” es una réplica simbólica del árbol primigenio: la Ceiba. Árbol sagrado maya y ancestro de toda vida, representado en la tradición cultural de Palenque con la forma del maíz, por lo que se considera que el motivo cruciforme maya también está vinculado a esta planta. El “Árbol de la Cruz” era además el *axis mundi* [el eje simbólico del mundo] religioso (Eliade, 1985, p. 38), comunicador entre el mundo terrestre y celeste. Y figura central



Isaac Estrada Guevara. Cúpula, linternilla y cupulín de la Parroquia de Santa Prisca. Tanto en la cúpula como en el cupulín se emplearon azulejos con colores relativos a la Virgen María y a San José: blanco, azul, amarillo y verde. Y como principal motivo la estrella blanca de ocho puntas sobre fondo azul como símbolo de la Purísima Concepción, Taxco, Guerrero, febrero de 2006.

del “paraíso” maya en el que los hombres gozarían de abundancia, bienestar y descanso bajo su sombra. Las Cruces son además entes sagrados (hierofanías) en sí mismas, potentes y por lo tanto eficaces. Si tomamos estos significados y los consideramos en relación –dinámica– con la Cruz cristiana, formalmente muy semejante; podemos intentar vislumbrar algo del sincretismo operado entre los contenidos semánticos inherentes a dos concepciones religiosas, que al reunirse o fusionarse conformaron una nueva concepción. De lo anterior se desprende el por qué, en el culto de la Cruz Parlante, la cruz continuó manteniendo su propia potencialidad individual al mismo tiempo que se reunió con la de Jesucristo, de quien era parte y vehículo.

Para el *macehual* (gente común del pueblo maya peninsular), la cruz era un símbolo que ejercía gran importancia en las decisiones de su vida social, religiosa y económica. El *macehual* ofrecía a la cruz una ofrenda de atole y comida para obtener prosperidad de sus cultivos. Así, en el campo en que se iba a sem-

brar se colocaban cuatro cruces, una en cada esquina. Para la protección del pueblo contra los malos espíritus se colocaban cinco cruces, una en cada esquina y la quinta en el centro del poblado, esta última dedicada al patrono de la comunidad.

La Cruz Parlante ya en su versión mítica nos habla de tres *Ha'-kines* (sacerdotes), que al no santiguarse a *Hoxen-cah* recibieron un sobrenatural castigo. Ahí estaba el santo (la Cruz) porque los *macehuales* la habían parado, y la cruz se había hecho un mismo cuerpo con la piedra donde estaba colocada. Los sacerdotes recibieron diferentes castigos, lo cual les enojó tanto que después de maldecir al santo decidieron enterrarlo de cabeza en el agujero con el sudario, la santa vara y el santo incienso.

Entonces el santo se fue de *Hoxen-cah* y salió en otro agujero de piedra en el Cenote de **Chan Santa Cruz**, porque el Cenote es la casa del señor. Cuando la cruz salió en el Cenote dio su bendición al árbol (el cedro) y de él salieron las órdenes. Daba la cruz órdenes al santo árbol. Esto era obra de Dios. En las

ramas del santo árbol estaban los mensajes. Esta cruz era la primera vez que salía entre los *macehuales*. En la cruz fue clavado Jesucristo y la cruz fue amiga de Jesús y por eso él la dejó entre los *macehuales*, para que nosotros nos pudiéramos comunicar con Jesucristo. (Bartolomé y Barabas, 1977, p. 30).

Hay que recordar que los mayas de las tierras altas del sur de México hasta Guatemala tenían tradiciones semejantes, como área cultural; es por eso que un antiguo mito refiere que cuando la tribu *Mam* plantó cafetos en lugar de maíz, las mazorcas en protesta avisaron que el hombre tendría hambre y miseria. Otro ejemplo está entre los mayas tzeltales y tzotziles, entre los cuales se encuentran con frecuencia santos y cofres parlantes. La más famosa deidad que tenía el don de hablar fue la de Pedro Díaz Cuscat, quien contribuyó a poner en marcha la guerra de castas en Chiapas (1868, Chamula).

Cuscat fabricó un santo de madera y afirmaba que había bajado del cielo para ayudar a los pobres indios, el cura local robó

la figurilla acusándolos de herejía, ya que no era posible que recibieran órdenes y le guardaran culto a una figurilla parlante. Cuscat moldeó en complicidad de Agustina Gómez Chebcheb otra figurilla de madera en el paraje de *Tesajalm*, la cual fue vestida y adornada con listones, e hicieron correr la noticia de que el ídolo también había bajado del cielo para favorecerlos en sus necesidades; la inquietud tenía raíces económicas y encontró eco en un movimiento de rebeldía; todos contribuyeron con ofrendas para no disgustar al santo enviado del cielo y se desarrolló una rebelión que estuvo a punto de tomar por asalto a Ciudad Real (San Cristóbal de las Casas), pero que al final perdieron los indígenas por una fuerte represión militar (cfr. Villa Rojas, 1978, p. 98). Por lo anterior, insistimos en que el complejo de las deidades parlantes no es exclusivo de la cultura maya de Yucatán.

El historiador Nelson Reed nos muestra una versión distinta de la aparición de la Cruz Parlante. Ya que él la atribuye a José María Barrera, un mestizo de Valladolid. En su texto, Reed describe a Barrera como el inventor de la Cruz Parlante, afirma que el personaje encontró en el Cenote de Santa Cruz un trozo de madera de cedro cruciforme, tallado toscamente en caoba (de un árbol que había crecido al borde de la gruta). “Fue la primera crucecita santa. Si ya había una cruz Parlante, Barrera se sirvió de ella; si no la había, adoptó una por los medios tradicionales.” (Reed, 1971, p. 139). Realizó una cruz de madera que colocó en una plataforma de estacas, en una ladera al oriente de la gruta, a la cual acudían los fugitivos para orar a Dios y pedir ser liberados de la opresión que ejercía el blanco sobre ellos. Los mensajes de la cruz eran emitidos por Manuel Nahuat, descrito por Reed como un ventrílocuo



Hugo Brehme. Vista parcial de la catedral de Santa Prisca, Taxco de Alarcón, Guerrero, México, ca. 1935. © SINAFO/Fototeca Nacional-INAH.

que actuaba en complicidad con José María Barrera, dichas comunicaciones decían que tenían que enfrentar al enemigo y que no debían temer, porque incluso la cruz los iba a proteger de las balas de los *dzulob* (extranjeros). También anunció la cruz que los indígenas primero tenían que atacar al pueblo de *Kampocoché*, donde los *macehuales* perdieron.

Provisto de la divina promesa de la impunidad del cañoneo, desdeñaron las balas por la oportunidad de usar sus machetes; habiendo estado a punto de lograr su propósito, se negaron a ceder cuando un contraataque los expulsó del pueblo y resistieron hasta que la fría luz del alba rebeló la promesa fallida y la muerte. Era el cuatro de enero de 1861. (Reed, ibidem, p. 140).

En este acontecimiento Manuel Nahuat (el ventrílocuo) perdió la vida y Barrera logra escapar. Posteriormente, ante la pérdida del ventrílocuo ahora Barrera utilizó los servicios de Juan de la Cruz Puc, *macehual* de Navalám, ahora la cruz se comunicaba por medio de cartas escritas, debido al asesinato sacrilego de Nahuat. “Las cruces fueron llevada al *Kampocoché* donde los *dzulob* quisieron hacerlas hablar pero no fue posible, porque la hora no había llegado, sólo hablarían con el patrón (Barrera)” (Reed, ibidem). Las cartas, antes referidas, eran firmadas con tres cruces reales acompañadas de la firma de Juan de la Cruz Puc, el cual servía de intérprete. Existe



Hugo Brehme. Vista general de la parroquia de Santa Prisca, Taxco de Alarcón, Guerrero, México, ca. 1935. © SINAFO/Fototeca Nacional-INAH.

una duda en cuanto a que no es una, sino tres cruces, que fueron llevadas a Yalcabá, localizada a 128 kilómetros de Chan Santa Cruz, y que se dice, tenían procedencia divina. Dichas tres cruces eran hijas de la que estaba tallada en el árbol del Cenote, la “madre de las cruces”. Las vestían con huipil y con falda, como correspondía a su sexo.

En su afán de crear un sólido espíritu religioso, Barrera muestra la imagen de una virgen que había bajado por el camino, ahora ya familiar, del cielo, pero ésta no inspiró fe, sin duda la idea de la cruz tenía una sólida creencia y aceptación por parte de los *macehuales*. Es por eso que Barrera rápidamente instaló las cruces en el conocido san-

tuario de Chan Santa Cruz. Es en este lugar donde construye una barricada de piedras que rodean al sitio, con patrullas para hacer frente a otra sorpresa.

Pero es hasta el tres de mayo de 1851, día de la Santa Cruz el cual tenía un significado local para el nuevo culto, que los ladinos atacan con 153 hombres bajo el mando del coronel González. La fiesta estaba celebrándose, pero la distante explosión de una bomba señaló a Barrera tiempo de evacuar a su gente, de entretener brevemente a los soldados en los muros, y hacer fuego con tiradores y después volver a desaparecer en la selva. Para entonces se calcula que Barrera tenía 1400 hombres, pero le faltaban armas y munición con qué

luchar a tiros y no podía permitirse otro *Kampocolché*.

Después de que no funcionaron simbólicamente ni las cartas ni una virgen, Barrera se propuso crear una nueva iglesia que tenía el techo de paja, donde un cuarto era denominado “la Gloria”, ahí se guardaban las cruces y el acceso era limitado, sólo los ayudantes de Barrera podían acceder al espacio; ya que ellos en complicidad con Barrera, ayudaron a que existiera un nuevo ventrílocuo el cual era escuchado por los congregantes en la sala exterior, dando así un toque de misticismo y esplendor a las cruces ocultas.

A pesar del hambre que sufrían los *macehuales*, las ofrendas de la Cruz Parlante eran abundantes, constaban de maíz, gallinas, cerdos y dinero, que Barrera administraba.

En la época de lluvias de 1851 la Cruz seguía hablando con su voz hueca y divina, la cual daba esperanzas a los derrotados, juntaba a los dispersos y daba alimento espiritual a los que morían de hambre. Por este medio se logró que Barrera tuviera un control sobre las gavillas orientales, desde Valladolid a Bacalar.

En 1852 se comunicó oficialmente que el archienemigo y traidor para el gobierno, José María Barrera, había muerto.

Después de Barrera, un grupo de ancianos tomaron el control sacerdotal y militar de la rebelión, varios *h'men* (hombres con estatus) principales fueron popularmente investidos como generales; de hecho un grupo gerontocrático tomó el gobierno de la insurrección. Siempre sobre la base del culto ampliamente aceptado de la Cruz Parlante. Entre los dirigentes militares se consignaron a Jacinto Prat (quien se autodesignaba heredero de la imagen de Jacinto Canek, dirigente de la más importante rebelión previa) y Cecilio Chi.

Desde una perspectiva mayor, la Guerra de Castas en la

península de Yucatán se caracteriza por la dirección que le imprime una ideología religiosa. Sobre la base de un contexto milenarista, se produce un movimiento político de corte mesiánico. La expresión más importante es la denominada “Cruz Parlante”, el símbolo que dirigió una rebelión que duró medio siglo.

El discurso religioso se sustenta en la creencia apocalíptica o escatológica, que profetiza o anuncia el “fin de los tiempos”, con una lucha entre el bien y el mal, para que se restaure el reino de los justos y bondadosos (los mayas se autodefinieron como “los elegidos de Dios”). A semejanza del cumplimiento de la profecía del Apocalipsis según San Juan; en el capítulo sexto, versículos 41 y siguientes.

Tratando de establecer una breve conceptualización de las rebeliones en la península maya: éstas aparecen fundadas, entonces, en el profetismo de raigambre prehispánica adaptado a la situación generada por la conquista, impregnada de nuevos elementos religiosos cristianos que se sincretizan. El *Chilam Balam* era el mito revelador de los acontecimientos por venir y de un mesianismo de carácter impersonal; es decir, en el que se espera indistintamente a los antepasados muertos, a un ente supremo o el retorno de una paradisíaca época primigenia. Otra de las características es la existencia de “profetas” (*chilames*) que mediante la revelación divina dirigen a los rebeldes, sobre la base de los libros sagrados mayas. Estos nuevos profetas, durante la Guerra de Castas, recrean a los sacerdotes prehispánicos y se identifican como los salvadores.

A través de las profecías mayas se recurre a la creencia relativa a la destrucción del mundo —inscrita en los Códices y transferida al *Chilam Balam*— como acontecer necesario del desorden producido por los invasores. A la destrucción le sigue la rege-



Fotógrafo no identificado. Visitas de Guerrero, *Entrada a la catedral de Santa Prisca*, Taxco de Alarcón, Guerrero, México, ca. 1951. © SINAFO/Fototeca Nacional-INAH.

neración, que constituye la base de la creencia *milenarista* o *quiliática* de la religión maya, ya que el advenimiento de esa época está marcado por el imperio de la justicia, el buen gobierno, la religión verdadera, la ausencia de violencia y el retorno de los muertos. Creencia milenarista que impregna de contenidos de salvación la guerra emprendida en 1847. La espera mesiánica está también implicada en las profecías, ya que habrá un salvador, Jesucristo (llamado también *Me-hembil* y Juan de la Cruz), cuya expresión será la “Santa Cruz”; de modo que el catolicismo se sincretiza con la religión tradicional maya.

Atendiendo a la dinámica cultural que la caracterizó, la Guerra de Castas apoyó su necesidad de expulsar y aún exterminar a los blancos a fin de lograr

el objetivo propuesto (en el discurso de liberarse religiosamente); en ese sentido, se tomaron dos alternativas. Una tiende a la recuperación del modo de vida prehispánico y postula la restauración del culto religioso y las jerarquías políticas tradicionales; configurando “nativismos” en el orden de polémica explícita contra la cultura externa (posición representada por el dirigente Cecilio Chi). Otra trasluce el descontento ante el descuido de los frailes por los servicios religiosos, configurando nuevos rituales y nuevas categorías sacerdotales, al emerger los “sacerdotes nativos” que tomaron en sus manos el desempeño del nuevo ritual religioso sincrético oficiando en lengua maya (éstos fueron formados por los frailes como “maestros cantores”, auxiliares del ritual, y durante la

rebelión desplazaron a los sacerdotes oficiales). Es aproximadamente en 1850 cuando “resurge” la ideología religiosa, alcanza su clímax y se difunde masivamente, configurando el culto de la Cruz Parlante, que se plasma en una organización religiosa cuyos dirigentes toman la dirección política, económica y militar de la guerra; igualmente, el carácter de “guerra santa” fortalece la ideología rebelde con el respaldo incuestionable de incluso la “inmunidad” ante las balas de los *huaches* (soldados mexicanos; en Sinaloa se denomina así a los mestizos, Martha Delfín, comunicación personal 2006) y la firme esperanza de una justa victoria de los *macehuales*.

También, es preciso describir algunos aspectos de sincretismo operado en torno a la Cruz, eje del culto mesiánico, que permite comprender el significado que este símbolo tenía para los insurrectos.

Finalmente, otro aspecto del complejo culto es justamente la cualidad parlante de la cruz. Es conocida la existencia de ídolos parlantes en la cultura maya, que funcionaban a la manera de oráculos. Personajes importantes fueron los llamados “intérpretes de la Cruz”, que desempeñaban el papel de transmitir los mensajes divinos. Los mensajes de Jesucristo (Juan de la Cruz) presentan a un mesías actuando, refuerzan la idea de la profecía cumplida y concretan a una sociedad presente normada por las órdenes divinas. Era una nueva religión, ahora verdadera, y Jesucristo el Dios de los *macehuales*, cuya presencia acelera la justa llegada del milenio. Ambos se vuelven contra el dominador. Además de ser una reinterpretación sincrética, la nueva religión de los mayas significa una toma de poder en la apropiación de la religión del invasor.

El antropólogo Kroeber ha descrito perfectamente el momento en que una cultura indígena

se siente condenada, sea por la acción militar directa, sea por los atractivos superiores de una sociedad más adelantada:

En esta coyuntura es probable que surja un profeta y que trace la realización de sus deseos: la escapatoria del callejón sin salida de lo humano mediante un mecanismo sobrenatural... Con ello se desencadena un movimiento de renovación y vuelta al buen tiempo pasado. La motivación del profeta puede ser sincera ilusión, deseo de poder, fama o hasta dinero, o un compuesto de estas cosas. Sus adeptos le siguen a cause de la presión de su insatisfacción social. (Reed, *op cit*, 38-39).

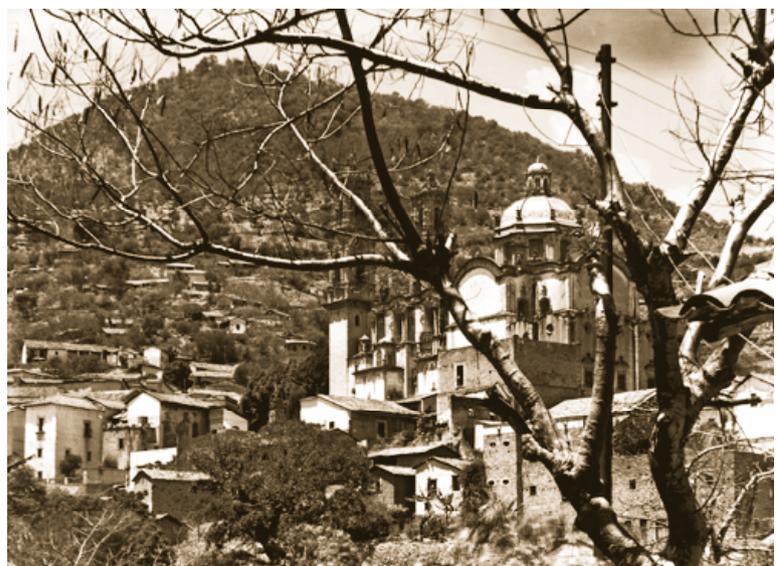
La idea clave para la comprensión de la “Cruz Parlante” es, pues, la necesidad que tenían los mayas de contacto di-

recto con el verdaderos Dios, “el Dios de la Biblia y de Cristo, no por intermedio de una iglesia de los ladinos que ya habían demostrado su condición de asesinos. Los mayas querían oír hablar a Dios en sus propias asambleas y que estaban convencidos de que él les hablaría pues se sentían su pueblo.” (Merton, 1979, p. 79).

En este tipo de movimiento, y tal y como se manifiesta el proceso de identificación colectiva es casi inmediato, en función de la legalidad divina que transforma las relaciones intragrupalas, dando como consecuencia una nueva identidad étnica, que es una oposición abierta en contra de la divinidad que las ha sancionado y explotado, esto los hace tener un cambio en su ideología, llevando a cabo la negación del otro.

Bibliografía

- BARTOLOMÉ, Miguel y Alicia Barabas, *La resistencia maya: relaciones interétnicas en el oriente de la península de Yucatán*, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Col. científica, número 53, México, 1977.
- ELIADE, Mircea, *Lo sagrado y lo profano*, Labor/Omega, Barcelona, 1985.
- ESCAMILLA Mora, Jesús Héctor, *La cruz parlante: ensayo sobre la guerra de castas*, Fondo de Fomento del Gobierno del Estado de Quintana Roo, Mérida, 1980.
- MERTON, Thomas, “Los luchadores de la cruz: notas sobre una guerra racial”, en *Ishi*, editorial Pomaire, Barcelona, 1979.
- REED, Nelson, *La guerra de castas de Yucatán*, Editorial Era, México, 1971.
- VILLA Rojas, Alfonso, *Los elegidos de Dios: etnografía de los mayas de Quintana Roo*, Instituto Nacional Indigenista, serie de Antropología Social, número 56, México, 1978.



Manuel Ramos. *Panorámica del Templo de Santa Prisca*, Taxco de Alarcón, Guerrero, México, ca. 1920. © SINAFO/Fototeca Nacional-INAH.